



BUENOS AIRES. UNA FAMILIA DE OBREROS

Buenos Aires ejerce una influencia fatal sobre los inmigrantes. Muchos de los que desembarcan en ella no quieren salir al campo. Nacidos en miserables aldeas, sin haber visto la capital de su nación, ni siquiera la de su provincia, experimentan un deslumbramiento perturbador al contemplar la Avenida de Mayo, las grandes plazas, los edificios enormes. ¡Que no les hablen ya de la soledad del campo, con su alimentación sana y su vida higiénica...! Prefieren el amontonamiento humano; el infecto «conventillo» ó casa de vecindad; el comer mal y el mendigar, á cambio de que sus pies marchen sobre asfalto, sus oídos gocen de las músicas de los cafés, y sus ojos se recreen en los lujosos escaparates. Por este motivo, Argentina, que carece de brazos en la campiña, tiene en su capital un peso muerto de 50.000 personas sin trabajo y sin voluntad para buscarlo; gentes que rabian de desesperación, atribuyendo al país un infortunio debido á ellas mismas y que se hallan prontas á mezclarse en todas las protestas é insurrecciones. En lejanas provincias he encontrado españoles que habían conseguido crearse una posición modesta y estaban en camino de mayores progresos. Recordaban con amargura los primeros tiempos de su llegada á Buenos Aires; tiempos de hambre y de mísera promiscuidad en una casucha. Se arrepentían del tiempo perdido, del error de querer abrirse paso en una capital exuberante de gente, cuando tan fácil resulta vivir en las provincias.

Si el Gobierno argentino tuviera que reclutar población rural por medio de agentes, como lo hizo en otros tiempos, los primeros propagandistas debería enviarlos á los suburbios de Buenos Aires, donde se amontonan los inmigrantes rehacios á marchar al interior. En ningún país de Europa se tiene un concepto tan falso de la Argentina y se dicen tantos disparates á su costa, como en estos barrios de la capital. Mucha gente de los conventillos cree que más allá de Buenos Aires y unas cuantas poblaciones inmediatas, está el desierto. Cuando más, reconocen que se puede vivir descargando fardos en el puerto de Rosario. También han oído hablar vagamente de Bahía Blanca, pero la tal ciudad debe hallarse, según ellos, cerca del fin del mundo. El resto del país es «pampa»; y en esta palabra comprenden las visiones más misteriosas y terribles de su imaginación.

tas como en cualquiera nación de Europa; si es que no son algunos más. Lo que hace falta á la República es mucho agricultor; muchos obreros que sepan bien su oficio.

El que desembarca en Argentina poseyendo á la perfección un arte manual ó dispuesto á cultivar la tierra, puede tener la certeza del éxito. Los otros llegan á la ventura. Algunos, por obra de la suerte, consiguen abrirse camino, pero los más marchan al fracaso.

Los que acaban de desembarcar guardan aún su espíritu aventurero, y se hallan dispuestos á seguir tierra adentro, hasta donde los lleven. Pero el que rompe un par de zapatos sobre el asfalto de la capital, ese queda inservible para la nación y es un parásito más de la metrópoli sud-americana. Si le hablan de colonizar en los territorios, así sean los del Sud, se revuelve indignado: «¿Y las flechas envenenadas de los indios? ¿Y los tigres y las serpientes? . . .» Para él, fuera de Buenos Aires, no hay más que indios, tigres y reptiles, y prefiere quedarse en las avenidas urbanas, pidiendo limosna, vendiendo periódicos, desafiando con otros oficios menos honestos la vigilancia de la policía, y sobre todo hablando mal de esta República, que engaña á las gentes buenas y las hace entrever la fortuna para no enriquecerlas nunca.

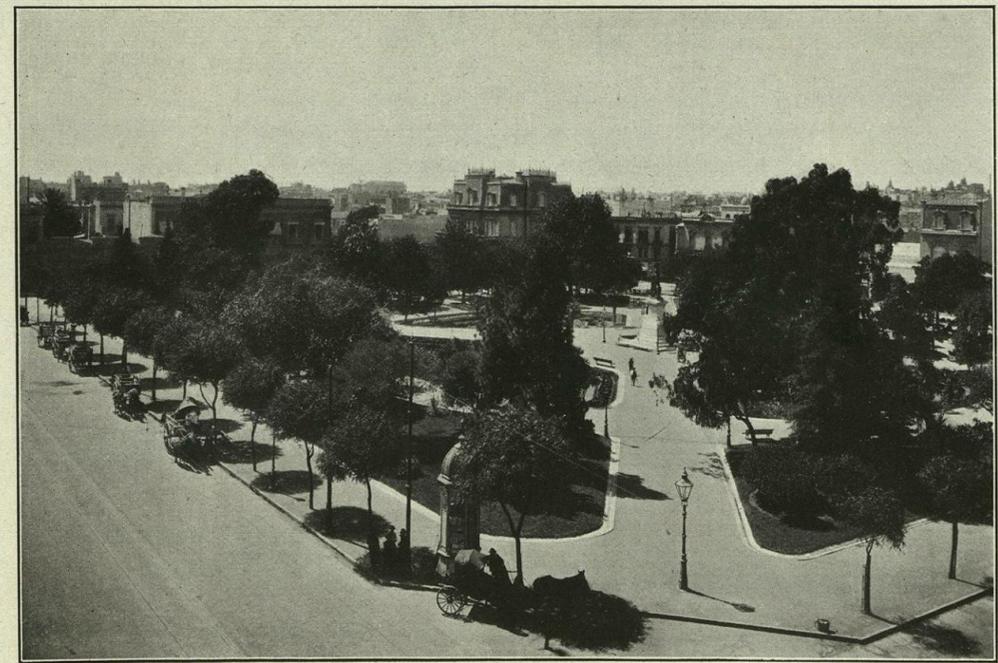
Otro desencanto de cierta parte de la inmigración tiene por base el hecho indiscutible de que todos los que desembarcan en Argentina no mueren ricos. El europeo es así: sólo concibe el viaje á América para ganar millones, y los que no llegan á poseerlos se consideran engañados, aunque gocen de un bienestar que nunca habrían conocido en su tierra.

No les cabe en la cabeza que una nación, por grande que sea su progreso, no pueda ofrecer á todos la fortuna; y se muestran desencantados, y hablan mal de un país en el cual, si no se consiguen millones, se conquista con facilidad lo necesario para la vida.

Recuerdo que en Buenos Aires he discutido muchas veces con «gringos» y con «gallegos», que se quejaban amargamente de la República. Llevaban muchos años de permanencia en ella . . . ¡y todavía no eran millonarios! Algunos habían llegado á reunir cierta fortuna, perdiéndola luego en negocios torpemente concebidos.

— ¿Pero tienen ustedes esperanza de recobrarla? . . .

Sí que la tenían. Casi estaban seguros. Había, pues, que elogiar á esta nación de fáciles encumbramientos, tan diferente á Europa, donde la fortuna sólo se ofrece una vez, y el que la pierde no topa más con ella.



BUENOS AIRES. PLAZA DE LA LIBERTAD

Hasta los pobres más pobres de Buenos Aires se hallan en una situación más desahogada que si hubiesen permanecido en el viejo mundo. La vivienda tal vez resulte peor, pero la comida y la ropa son mejores. Además, cuentan con la esperanza del mañana; el misterioso mañana argentino, que puede traer la sonrisa de la suerte, y en otros países siempre es igual, sombrío, monótono, sin una chispa de ilusión.

Cierta tarde, mientras daba yo una conferencia en un teatro de Buenos Aires, un viejo maquinista subrayaba entre bastidores, con frases de indignación, mis palabras de elogio á la Argentina. Pedía el fuego del cielo y toda especie de cataclismos sobre esta tierra, en la que llevaba veinte años. Al terminar hablé con él. Había ejercido diversos oficios, ganando algún dinero y perdiéndolo dos veces. Parecía desesperado, y echaba la culpa á la nación de todas sus desgracias.

— ¿Pero usted cree — le pregunté — que en Argentina todos han de ser millonarios?

Él hizo un gesto negativo. No: no lo creía. Además, muchos hijos del país eran más pobres que él.

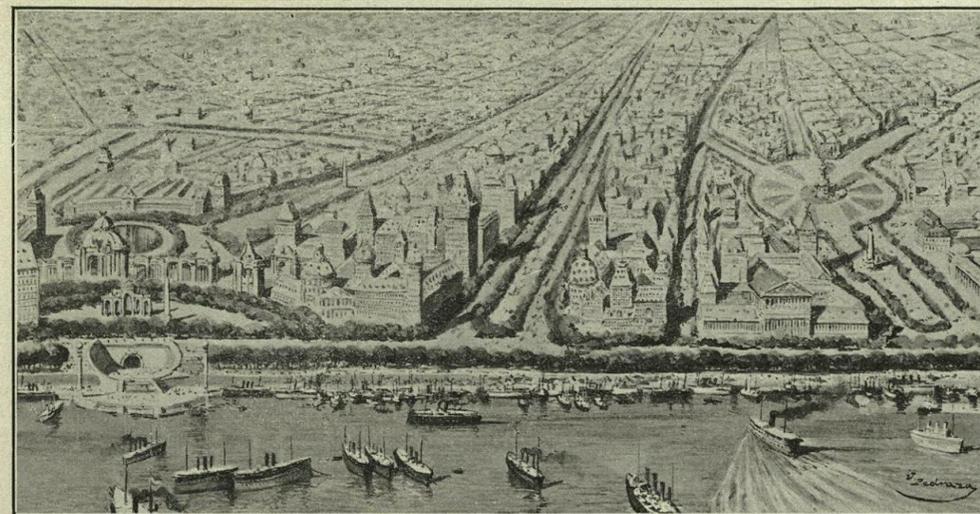
— Y si tan mal le va, ¿por qué no vuelve á su tierra?

— Porque allí estaría tal vez peor.

Estas palabras resumen la verdadera situación del extranjero en la República Argentina. Por infortunado que sea, por mal que se encuentre, siempre vive con mayor amplitud y tiene más dinero en el bolsillo que en su país natal.



UNA «PARTIDA» EN LA PAMPA



LA ARGENTINA DE MAÑANA

La República Argentina tiene defectos. ¿Qué pueblo vive libre de ellos? . . . Pero el escritor corre el peligro de la inoportunidad si se detiene á examinar y criticar las imperfecciones nacionales. ¡Camina tan aceleradamente esta República! . . . El defecto de hoy, consignado y descrito en un libro, ya no existe mañana, cuando el tal libro se mantiene relativamente joven.

Obras conozco de gran mérito en las que se describe la República Argentina, examinando con austero juicio las imperfecciones de su organización; y estos libros, que si tratasen de Europa guardarían aún cierta frescura, parecen viejos cual si llevasen un siglo de existencia. Hablan de defectos totalmente olvidados: censuran costumbres de las que sólo guarda el argentino un vago recuerdo.

Las críticas que yo pudiera hacer aquí, por justas que fuesen, provocarían dentro de ocho ó diez años una sonrisa compasiva; la sonrisa dedicada á las cosas vetustas que resucitan inesperadamente. En muchos países del viejo mundo el estudio de los defectos públicos resulta oportuno siempre, aunque transcurra largo tiempo. ¡Son tan lentas las modificaciones! . . . Aquí cada año trae una mutación, y treinta años equivalen á un siglo. Un extranjero que hubiese desembarcado por breves días en el Buenos Aires de 1873 y volviera ahora, creería que, durante su permanencia en Europa, un siglo entero había transcurrido para América.

La celeridad con que progresa el país argentino hace que sintamos mayor horror á la muerte. ¡No poder vivir más tiempo que el normal para ver hasta dónde llega el crecimiento de este gigante en mantillas! . . . Nuestra curiosidad envidia á las generaciones que aun están por nacer. Ellas verán grandes cosas. . . ¡Ay! ¿Cómo será la Argentina de mañana?

* * *